

UN GRAN DESCUBRIMIENTO

12 CUENTOS JAPONESES

Sōseki • Ōgai • Okamoto • Akutagawa •

Naoki • Kikuchi • Nakajima • Dazai

Traducción:

Isami Romero Hoshino

Juan Antonio Yáñez

Juan Luis Perelló



Copyright © 2015 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción del japonés: Isami Romero Hoshino; Juan Luis Perelló Enrich y Juan Antonio Yáñez Rosado
Revisión y adaptación: Raquel Ramos Cudero

UN GRAN DESCUBRIMIENTO. Doce cuentos japoneses

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-942858-2-0

EAN: 9788494285820

IBIC: FA

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Editor: José L. Ramírez C.

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Grafilur, S.A.

Depósito Legal: M-2487-2015

Impreso en España

19 18 17 16 15 (02)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

ÍNDICE

Prólogo.....	IX
Notas de traducción.....	XXI
Diario de un hombre en bicicleta.....	1
El gran descubrimiento	19
La historia de una anciana <i>geisha</i>	35
Magia	63
El robot y el peso de la cama	75
Una carta de protesta.....	93
La luna sobre la montaña	121
El hombre toro	133
<i>Sushi</i>	143
Jirokichi, <i>el Ratón Rapaz</i>	171
¡Corre, Melos!.....	195
El fin de Uemon Miura	213

DIARIO DE UN HOMBRE EN BICICLETA

Por Sōseki Natsume

Traducción de Juan Antonio Yáñez

Otoño de 1902. Cierta día de cierto mes.

En la ventana de la posada donde vivo, se desplegó una bandera blanca. Tan pronto como declaré mi rendición, la abuela, mi posadera, comenzó a acarrear su cuerpo de setenta y cinco kilos hasta arriba, hasta el segundo piso. Sé que debería decir «subir»; sin embargo, uso la expresión «acarrear» para describir más acertadamente lo pesado que le resultaba aquel acto. Subir la escalera le llevaba aproximadamente unos cuarenta y dos escalones, con dos paradas para descansar al principio y al final. Después de tres minutos con cinco segundos, la arrogante cara de esta gran abuela se mostró con un gesto apesadumbrado en la puerta. Todo a mi alrededor se hizo estrecho, y el honor de su visita me hizo sentir un poco incómodo. Entonces se dirigió a mí, sentenciando como artículo primero de nuestro acuerdo de paz:

—Súbete a la bicicleta.

¡Ah! ¡Qué triste es... este asunto de la bicicleta!

Obedecí la orden de la vieja y tuve la mala fortuna de ir a Lavender Hill para hacerlo; pero «subir» no es la palabra adecuada, sino «caer». El señor x era mi maestro y entrenador. Él me acompañó en mi alicaído camino y rápidamente me introdujo en la tienda de bicicletas. Al entrar, pronto eligió una que era evidentemente para mujeres. Dijo que con esa estaría bien. Le pregunté por qué habría de ser una bicicleta de mujer y mencionó que esa sería la más conveniente para un principiante. Me dijo también algunas cosas despectivas, tratándome como a alguien que se rinde a la primera. Aunque sea un inexperto, soy un varón que ya tiene un poco de bigote sobre el labio, por lo que practicar en una bicicleta de mujer sería algo ignominioso.

—Bah, no importa si me caigo. Vamos a intentarlo en una bicicleta normal —reclamé, luego guardé silencio pensando en cómo demostrarle mi hombría irracional, en el caso de que se negara. Yo debía enfrentar el reto con valor y gallardía.

—En ese caso, usaremos esta. —Me asignó una fea bicicleta para hombres.

Si uno lo piensa, quien tiene la habilidad no necesita elegir pincel. De todas maneras, me iba a caer. Por eso, sin dar importancia al aspecto del vehículo, saqué arrastrando la bicicleta que me asignó. No me gustó cómo rechinó cuando la empujé con fuerza desde arriba. Me agaché para revisarla y vi que el decrepito vehículo tenía las coyunturas flojas y le faltaba aceite; había andado cientos de miles de caminos y parecía haber recorrido un gran trecho para llegar a mi encuentro. En el mundo de las bicicletas, ¿no debería haber una edad de jubilación? No cabía duda de que esa era una bicicleta retirada desde hacía mucho tiempo, que hasta ahora había permanecido en un rincón de la bodega

inmersa en un largo descanso idílico. Se vio arrastrada por un inesperado viajero de Oriente, y rechinó como si gritara por el dolor de los años. Debería obtener piedad en sus últimos días, pero desde antes de subirme tenía ganas de llevar a cabo mi venganza haciendo sonar los viejos huesos de esta bicicleta. Aquella cosa, el manillar, era muy sensible. Si tiraba de él, me golpeaba el muslo; y, cuando lo empujaba, la bicicleta intentaba salir hacia el camino. Viendo todas las vicisitudes que tenía incluso antes de subirme, eran evidentes las lágrimas de lo que resultaría después.

—Ahora, ¿adónde vamos?

—Adonde sea. Como es la primera vez, vamos donde pase la menor cantidad de gente posible. Un lugar donde el camino no esté en malas condiciones. Quiero un lugar donde no vaya a haber nadie que se ría de mí si me caigo —dije. A pesar de que, de antemano, me había dado por vencido, yo ponía todas esas condiciones. El piadoso de mi entrenador se compadeció de mí y me llevó a un camino junto a una avenida poco frecuentada al lado de Clapham Common.

—Bueno, inténtalo aquí.

Llegó la hora. Un perdedor no tiene otra opción más que desplegar sus dotes de perdedor. ¡Ah! ¡Qué tristeza! «Inténtalo» no es una palabra amigable. Desde mis años dorados hasta hoy, que estoy lejos, solo y sin dinero, he visto en mi país a gente en bicicleta; sin embargo, no recuerdo haberlo intentado yo mismo ni una sola vez. Al inmisericorde grito de «inténtalo», me coloqué la boina sobre mi pelo alborotado y así con furia el manillar. Hasta allí fui valiente cual samurái. Pero en el momento en el que me posé sobre el asiento y demostré mi valentía, las cosas ya no salieron como esperaba. Extrañamente, en menos de

lo que dije «bien», me caí; la bicicleta no se giró ni nada y yacía completamente tranquila. Sin embargo, su pasajero no fue capaz de mantenerse tranquilo sentado en el asiento y, ¡*sun, den, do!*, se cayó. No puedo creer que esté haciendo esto en este momento, con todo lo que había escuchado.

El entrenador solo dijo cosas desalentadoras.

—No debes intentar sentarte desde el principio. No intentes poner el pie en el pedal. Simplemente sujétate y con que la rueda dé una vuelta me basta.

¡Ah! Por más que yo me asía al manillar ni siquiera podía hacer que la bicicleta diera media vuelta de la rueda. «¡Ah! Es mi fin», repetía una y otra vez mientras en silencio suplicaba ayuda. El entrenador, que ya sabía que eso iba a ocurrir, se me acercó.

—Vamos, súbete, que te sujeto. No, no, si te sientas de esa forma te vas a caer. Solo fíjate. Te golpeaste la rodilla. Esta vez, siéntate suavemente, agárrate de aquí con las dos manos. Listo. Te voy a empujar hacia delante, así que, con ese vigor, pedalea con fuerza.

Entonces, curioso por ver lo que vendría después, empujó con fuerza a este cobarde. Sin embargo, para sorpresa de cualquier mortal, todos los preparativos y todo el trabajo, en ese mismo instante, se cayeron de lado sobre la tierra.

En el lugar había personas observando, y había quienes pasaban y se reían de lo que veían. Por allí, debajo de un roble, una madre con su bebé en brazos estuvo sentada en un banco observando con admiración. Yo no sé de qué era de lo que se admiraba. Sería de ver mi figura montada en la bicicleta, empapado en sudor, valiente al enfrentarme a aquel esfuerzo. Obtener el reconocimiento de la gente en este mundo hacía que no me importara rasparme las espaldas.

—Otra vez, por favor. Empújame con más fuerza. ¿Qué? ¿Caerme otra vez? No me importa. De todas formas, si me caigo, es mi cuerpo. —Olvidando mi calidad de perdedor, mostraba todo mi empeño. Luego, justo a mis espaldas, escuché una voz que me hablaba.

—*Sir*. —Qué extraño. Aquí nadie se acercaría a un extranjero. Cuando me giré, vi a un oficial de la policía lo suficientemente grande y alto como para causar temor. Estaba allí de pie. Yo no tenía razón para acercarme a él, pero él tenía una razón para acercarse a este chaparro pueblerino recién llegado a la ciudad. Tal razón era, según dijo, que este lugar no era para las bicicletas, sino para que pasasen los caballos, así que si iba a practicar con la bicicleta debía ir a otro sitio.

—*All right* —acaté la orden mostrando madurez y le informé a mi entrenador.

—Bueno, ya es hora de irnos, ¿no es cierto? —dijo pensando que ya era suficiente de tantos tropiezos por los que este perdedor había pasado hoy. Tomó la bicicleta que no pude montar y nos fuimos de vuelta. Cuando la abuela preguntó «¿Cómo os ha ido hoy?», filtré mi sensación de derrota. Mi bicicleta se encabritó, llegó el pálido atardecer, me zumbaron los oídos y la nostalgia del otoño llegó. ¡Hum!

Cierto día de cierto mes.

Agarré la bicicleta y fui hasta la cima de la colina. Desde allí, lentamente miré a mi alrededor. Oteé hacia abajo; esperé la señal de mi entrenador y me dejé ir de golpe con aquel sentimiento de estar emprendiendo un nuevo reto. La colina tenía poco más de doscientos metros de largo y su inclinación era de unos veinte grados. Después de los primeros ciento ochenta metros, la calle no era muy transitada. A la derecha y a la izquierda había residencias donde vivía gente acomodada. No estaba claro si era una avenida construida por el gobierno inglés o, mejor dicho, por su agencia de obras públicas, para que las eminencias de Occidente practicasen sus caídas en bicicleta, pero, después de todo, era un lugar ideal para hacerlo. No sé si a mi entrenador lo había amedrentado la advertencia del policía, o era para no tener que empujar mi bicicleta, pero desde el día anterior me llevaba a aquel lugar especial donde hombre y vehículo funcionaban de manera natural. Mi entrenador calculó el momento en el que no pasaba ninguna persona ni ninguna carreta. Entonces dijo:

—Bien, súbete rápido.

La expresión «subirse a la bicicleta» requiere ser explicada. «Subirse» o «montar», refiriéndose a la bicicleta, implicaba algo muy distinto para mi entrenador que para mí. «Subirse a la bicicleta», para mí, no era lo mismo que para ellos. No se trataba de colocar el trasero en el asiento. Ni siquiera era poner los pies en los pedales. Significaba responder a los principios de la mecánica sin depender en absoluto de la acción humana. Se trataba simplemente de avanzar precipitadamente sin esquivar a ninguna persona o caballo, sin importar si me mojaba o me quemaba.

Así, mi forma de montar en bicicleta sería como la de un acróbata callejero con una hernia que se sube a la escalera para realizar su número por primera vez. Me temo que haya sobrepasado el sentido de la palabra «montar». Pero «subirse a la bicicleta» quiere decir, a fin de cuentas, «montarse en ella»; no es «no montarse». Sea como sea, hombre y bicicleta se acoplan. Es más, en un suspiro, ambos se fusionan. En ese sentido, yo, que era alguien que tenía que subirme a la bicicleta, comencé a bajar la colina como una ráfaga de viento. Entonces, algo extraño sucedió. Un gracioso, al verme, comenzó a aplaudir desde el interior de una de las casas que estaban a mi izquierda. Yo pensé que era algo extraño y, en ese momento, la bicicleta se comenzó a ir hacia la parte de en medio; y, a continuación, algo terrible. Un grupo de unas cincuenta chicas estudiantes se aproximaba en fila, directo hacia mí. Y ahí estaba yo frente a tantas chicas, y sin ninguna forma de lucirme ante ellas.

Tenía las dos manos en el manillar. La espalda agachada y el pie derecho en el aire. Traté de bajarme, pero la bicicleta no me obedeció. Me vi entonces envuelto en una situación desesperada, por lo que no me quedó más remedio que pasar junto a aquel ejército de chicas montando la bicicleta en mi cómico estilo original. En menos de un suspiro, mi vehículo terminó de bajar la pendiente y continuó en terreno plano sin dar ninguna señal de querer detenerse. Es más, me acercaba cada vez más rápido al policía que estaba parado allí en la esquina. Esto iba de mal en peor.

Pensé que hoy también me reprendería el oficial de la policía, pero por supuesto no podía utilizar otra postura que la de acróbata sobre ruedas. La bicicleta avanzó veloz e imprudente hacia un paso peatonal. Parecía como si mi amante tirara de mí con fuerza para morir juntos. Crucé

sin parar el paso de peatones y golpeé la valla; el golpe me lanzó unos tres metros hacia atrás. Paré a apenas unos noventa centímetros del policía.

—¡Se va a romper todos los huesos, señor! —dijo el oficial mientras soltaba una carcajada.

—*Yes!* —Fue mi única respuesta.

Cierto día de cierto mes.

—... ¿Vas a ir al Museo Británico para hacer tu investigación?

—No. Casi nunca voy allí. Es que tengo el hábito de escribir notas en los libros que leo.

—¿Ah, sí? Es mejor tener tus propios libros y poder usarlos como te plazca. Yo cuando tengo que escribir un trabajo voy allí.

—Ha estado estudiando mucho, ¿verdad, señor Natsume? —comentó la esposa.

—Casi no he estudiado. En los últimos días he estado aprendiendo a andar en bicicleta por sugerencia de una persona. Por eso, desde la mañana hasta la noche, solo he estado haciendo eso.

—Es divertido andar en bicicleta. Aquí en casa todos lo hacemos. Usted también debe recorrer largas distancias en ella.

El maestro a quien la esposa preguntaba acerca de recorrer largas distancias era un hombre que en realidad no tenía idea alguna del significado habitual de subirse a una bicicleta. Era alguien al que le costaba ir por las colinas de arriba abajo con un sentido distorsionado de ello. Alguien para quien la conjunción de los dos caracteres que forman el concepto de «paseo de largas distancias» era causa de ansiedad¹. Era un exagerado. Sin embargo, hoy en día, en pleno siglo xx, el exagerar puede llegar a ser una segunda

1 En el idioma japonés, el concepto de «recorrer largas distancias en bicicleta», puede formarse juntando el ideograma que significa *lejos* (遠) y el ideograma que comunica la idea de *abordar* o *montar* (乗).

habilidad. Así, a sabiendas de cómo comportarme en esta situación, respondí como sigue:

—Todavía no he llegado a recorrer largos trayectos. Pero de todos modos es muy divertido bajar la colina desde arriba.

La hija, que había permanecido en silencio hasta el momento, pareció haber entendido mal mi habilidad real con la bicicleta.

—¿Qué tal si un día vamos todos juntos con Natsume a Wimbledon o algún lado? —opinó girándose para mirar a su padre y a su madre. Los padres se giraron en ese momento para ver mi cara. Sin querer me quedé en medio de una situación un poco embarazosa. No obstante, de ninguna manera podía rehusar al reto que me acababa de lanzar aquella belleza de mediana edad. Un caballero educado en la civilización no puede perder el respeto de una dama, o perderá el respeto a sí mismo de por vida.

Por si no fuera suficiente, yo estaba frente a una situación vanguardista; algo que medía siete centímetros y medio me apretaba el pescuezo cada vez más. Puse cara de saborear la calma y el gozo por igual.

—Eso estaría muy bien, pero...

—Puede que esté muy ocupado estudiando. Tal vez si tiene tiempo el próximo sábado... —insistía. Después del «pero» no siempre llegaba la coartada de estar ocupado, así que tenía que buscar otra excusa. Mientras mis «peros» eran cada vez más difusos, ella tomaba la iniciativa y mis vías de escape se agotaban.

—Pero en los lugares donde pasa mucha gente... Ehh... Este... Aún no me he acostumbrado... —Finalmente abrí una vía de escape.

—No, las calles de esa zona son en verdad muy tranquilas. —Rápidamente me bloqueó la salida. Quedé pasmado al

verme en esa situación donde ya no podía ir ni para delante ni para atrás. Además, ya no era solamente sobre la bicicleta. El quedar pasmado no lleva a ningún lado. Por eso, en ese momento, el único recurso era volver a repetirlo.

—Pero... pero... el próximo sábado no va a hacer buen tiempo. —Aunque se le preguntara a muchas personas, nadie sabría el sentido de aquella opinión tan poco clara.

Como un árbitro en este reto que perdía el hombre, el casero intervino.

—No es necesario que decidamos el día ahora. Un día iré a su casa en bicicleta. Entonces saldremos juntos a caminar.

¿Qué significa ese «saldremos juntos a caminar» para un ciclista? Él me miró y reconoció mi incapacidad para el ciclismo. Después de pensar durante cuarenta y ocho horas, no pude concluir si el no poder ir a Wimbledon con la bella hija de aquella familia rica era un acierto o una desventura. Los poetas japoneses llaman a esto «estilo abstracto».

Cierto día de cierto mes.

Después de varias experiencias dolorosas y reflexiones exhaustivas de varios días, llegué a la siguiente conclusión:

El asiento y los pedales no están puestos en su sitio solamente para adornar. El asiento es el espacio para sentarse. Los pedales son el sitio para poner los pies, y pisar y girar. El manillar es el instrumento más peligroso y, una vez que lo agarras, tiene la función de deslumbrar a las personas.

Como salido de una caja negra, había alcanzado la iluminación sobre andar en bicicleta. Esta vez, mi entrenador y yo salimos junto con un conde ricachón amigo suyo. Imaginaos, fuimos a un lugar donde cruza una avenida por donde pasan los tranvías tirados por caballos que atraviesan Clapham Common. Mi vehículo iba entre los dos y no podía maniobrar libremente; pero considerad que podía adelantarlos. Sin embargo, en un momento dado, me bloquearon la única salida que tenía. Cuando intenté cruzar, se atravesó arrogantemente frente a nosotros una carreta, sin ninguna consideración.

Si seguíamos como hasta el momento chocaríamos con ella. Desde mi punto de vista, en caso de chocar, si uno tiene la razón, se enfrenta al choque; pero si uno está en desventaja es mejor evitar la colisión. Es una vieja regla familiar. Por ello, debía evitar la colisión entre esa enorme carreta y mi bicicleta, que daba gritos de decrepitud como las últimas palabras de mi padre. Pensándolo así, intenté maniobrar a derecha e izquierda; finalmente tendría que chocar con alguno de los dos. Uno era un joven conde y el otro era alguien a quien yo le debía gratitud. Algo así, tan impropio, era inadmisibile para simples mortales como nosotros. Además, iban a pensar que esa era una actitud

muy rastrera por mi parte al ser un invitado suyo. Si quería ser alguien inteligente, no podía ser alguien cortés. Solo había dos opciones: retroceder o caer.

Aquello se decidió en un instante. Yo era alguien que no se había visto envuelto nunca en tamaña consternación, por lo que pensaba en muchas cosas. No estaría mal si tan solo pudiera retroceder. Eso por lo menos era mejor que caerse, pero, tristemente, hoy en día todavía no estoy listo para retroceder. Por eso... ¡Ah! Qué le vamos a hacer. Pensé en darme por vencido y me caí en medio de los dos. En ese momento, el oficial de policía que estaba de pie aburrido a unos cuatro metros de mí levantó la voz y rio tres veces. (A propósito de esto, la relación entre la policía y las bicicletas es como la del *sashimi* y el *tsuma*. Cuando uno se refiere a las bicicletas, por fuerza habrá un oficial de la policía inmiscuido).

—¡Ja, ja, ja!

Esa forma de reír no era una risa normal, no era una risa burlona, no era una risa amigable, ni era una risotada. Era una risa completamente forzada, como si alguien le hubiera obligado a hacerlo, pagándole seis peniques o un chelín. Pero yo no tenía tiempo de investigar eso.

¡Hum! Que se ría ese policía de ornamento. Inmediatamente, me fui detrás de mis compañeros, pero, si no hubiera sido un oficial, sino la señorita del otro día, seguramente hubiera podido reincorporarme. ¡Seguro! No obstante, nunca lo sabremos con certeza hasta que realmente se dé esa situación, así que mejor que no se dé. Por si acaso.

Así que seguí avanzando. Entonces, como estos dos príncipes tenían el pretexto de no conocer los alrededores, me dijeron al atolondrado de mí que fuera delante y los guiara. Yo conozco bien el lugar, pero no sé absolutamente

nada sobre bicicletas. Por eso, en lugar de ir hacia donde quería, giraba en cada esquina por el lado por el que me resultaba más fácil. De esa forma, dimos varias vueltas al mismo lugar. Al principio les estaba tomando el pelo, pero aquello no duró. Me dijeron que fuéramos a otro lado.

—Bien —dije.

Sin embargo, este mundo tiene una regla: las cosas no irán como las piensas. Entonces, simplemente, no pude girar hacia el lado que debía. Cuando llevábamos tres cuartos de la calle, giré el manillar con fuerza. ¡Giiiiiii! Y la bicicleta giró unos noventa grados. Este es un episodio con el que me gané una fama inesperada gracias a esta repentina vuelta. Os lo contaré ahora, para que no tengáis que esperar a saberlo mañana. No me había dado cuenta hasta ese momento, pero, en ese instante, se aproximaba un ciclista directamente hacia mí. Él se sorprendió de mi movimiento inesperado y, sin tiempo para evitarme, se cayó junto a mí.

Después me dijeron que, cuando se da vueltas a la manzana, la regla es que uno haga sonar el timbre, levante la mano o realice un saludo. Sin embargo, yo soy alguien a quien le gustan las ideas extravagantes; por eso yo no iba a asumir esas costumbres tan comunes. Hacer sonar el timbre, levantar la mano. ¡Ja! En esta ocasión, no tuve la oportunidad de hacer ninguna de esas tonterías.

En esta situación, este «giro silencioso» me salió forzosamente porque no tenía otra opción. Por eso, aquel personaje que vino a estrellarse conmigo se sorprendió y se cayó. Esto también era algo inevitable. Lo que ocurrió fue lo más normal. Sin embargo, la lógica de los occidentales parece que no está desarrollada hasta este nivel. El ciclista caído se enfureció.

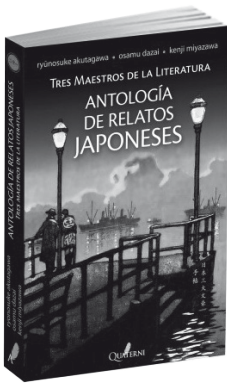
—¡*Chin, chin, Chinaman!* —me dijo insultantemente. Ante tal ocurrencia, yo debí haberle contestado como se merecía. En cambio, me comporté con elegancia de caballero.

—Pobre hombre —dije, y, sin girarme, me puse en marcha hacia otro lado.

En realidad, yo pensé en darme la vuelta, pero mi bicicleta siguió avanzando. «Pobre hombre». No me salieron más palabras que esas. Hablando honestamente, os diré que no quiero que me toméis por un caballero, aunque en ese momento lo fui. Pero, si llego a enterarme de que tenéis la desfachatez de sobrestimarme y pensáis que soy un gran hombre, os podría maldecir de aquí hasta vuestra séptima vida.

LIBROS RELACIONADOS

Antología de relatos japoneses. Tres maestros de la literatura



Ryūnosuke Akutagawa
Kenji Miyazawa
Osamu Dazai

Japón, primera mitad del siglo xx, roto el aislacionismo el país se está militarizando y transformándose en una potencia emergente en Asia. En su interior, pese a los recelos de los poderes conservadores, el gobierno de Meiji está gestando los primeros intentos de establecer una democracia moderna.

En medio de esta convulsa sociedad, surgen tres de los mejores escritores del Japón contemporáneo: Ryūnosuke Akutagawa, Kenji Miyazawa y Osamu Dazai, quienes a pesar de su temprana muerte, dejaron un legado insuperable en la literatura japonesa.

En esta antología, lectura imprescindible para todo aquel que quiera disfrutar de la prosa exquisita de tres de los mejores escritores de la literatura asiática de todos los tiempos, disfrutaremos de una selección de relatos que nos arrastrarán a un país plagado de mitos y leyendas ancestrales, un remoto lugar en el que misterio y realidad van de la mano.

El dragón, Rashōmon y otros cuentos

Ryūnosuke Akutagawa



Ryūnosuke Akutagawa es uno de los escritores japoneses más extraordinarios de todos los tiempos. Su elegante estilo, dotado de humor, ironía, misterio y lirismo ha influido de forma continuada en gran parte de los escritores japoneses desde comienzos del siglo xx hasta nuestros días.

En este libro se incluye una selección de sus mejores cuentos y narraciones breves realizada por Jay Rubin, especialista mundial y estudioso de Akutagawa, que abarca la totalidad de los estilos del autor desde Rashōmon, hasta Vida de un necio, pasando por En la maleza de un bosque.

Editorial Quaterni recupera a este clásico de las letras japonesas, traducido íntegramente del japonés por primera vez en nuestro país.

OTROS LIBROS EN ESTA COLECCIÓN

- 一 Musashi I. La leyenda del samurái
- 二 Musashi II. El Camino de la Espada
- 三 Musashi III. La luz perfecta
- 四 La sombra del Kasha
- 五 Fuego Cruzado (Crossfire)
- 六 Taiko I. El hábil cara de mono
- 七 Taiko II. Hideyoshi en el poder
- 八 El susurro del diablo
- 九 R.P.G. Juego de Rol
- 十 El dragón, Rashōmon y otros cuentos
- 十一 Los ninjas de Kōga
- 十二 Hanshichi. Un detective en el Japón de los samuráis
- 十三 El ladrón
- 十四 Brave Story I. Un nuevo viajero
- 十五 Fantasmas y samuráis. Cuentos modernos del viejo Japón
- 十六 Mitos populares de Japón. Leyendas de Tōno
- 十七 Relatos de samuráis
- 十八 Brave Story II. La torre del destino
- 十九 Las piedras de Chihaya I. El hilo del karma
- 二十 Los atajos de Yuko
- 二十一 La leyenda de los ocho guerreros perro

- 二十二 **Shigurui. El torneo del castillo Sunpu**
- 二十三 **Las piedras de Chihaya II. La nube rasgada**
- 二十四 **Viaje por el Tōkaidō. Un rato a pie y otro caminando**
- 二十五 **Los extraños métodos del doctor Irabu**
- 二十六 **El verano de la Ubume**
- 二十七 **Antología de relatos japoneses. 3 maestros de la literatura**
- 二十八 **Las piedras de Chihaya 3. El dragón y el crisantemo**
- 二十九 **El viento de los dioses**
- 三十 **El asesinato del magistrado. Los casos del juez Di**
- 三十一 **Las nuevas aventuras de Hanshichi**
- 三十二 **Guía ilustrada de monstruos y fantasmas de Japón**
- 三十三 **El castillo de los búhos**

Más información en:
<http://quaterni.es>



Síguenos en:
<http://www.facebook.com/QuaterniEditorial>
<http://www.twitter.com/quaterni>
<http://www.pinterest.com/quaterni>